

## V

## LA DOMINACION ROMANA

Al principio, no pensaron los romanos en organizar intensamente la conquista de España. Pero tenían que afirmar lo ganado, cuando menos; y para esto aun después de expulsados los cartagineses, hallaron serios obstáculos. Las tribus indígenas del E. y del S., es decir, las más civilizadas, por su mucho contacto con las colonias extranjeras, se sometieron con bastante facilidad; pero las del C., del N. y del O. opusieron, por el contrario, gran resistencia. Por esto, la guerra comienza apenas entran en la Península los romanos, y puede decirse que no acaba hasta tres siglos después. Sin embargo, cabe distinguir en todo este largo tiempo dos períodos diferentes: el primero, propiamente de conquista, que termina por dominar los romanos en casi todas las regiones de España; y el segundo, de organización, en el cual no se conquistan tierras nuevas, pero hay que apaciguar diferentes sublevaciones de los indígenas.

## I.—CONQUISTA MILITAR DE ESPAÑA

**38. La conquista.—Primeras luchas.**—Estando todavía Escipión en Cartagena, antes de apoderarse de Cádiz, dos jefes indígenas que habían sido aliados de los cartagineses atacaron á los romanos. Llamábanse estos jefes Indíbil y Mandonio y

dirigían mucha gente de distintas tribus. Después de luchas sangrientas, fueron vencidos; pero á poco, habiendo salido Escipión de España, se alzaron de nuevo, hasta que los generales romanos, en una batalla, consiguieron matar á Indíbil y coger prisionero á Mandonio, que fué degollado.

No se consiguió con esto la paz. La misma desunión é independencia que existía en las tribus, era causa de que continuamente guerreasen, ahora unas, luego otras; de modo que el vencer á las de un territorio no era garantía de que las demás quedasen sometidas; y aun las mismas vencidas una vez, alzábanse de nuevo. Semejante continuidad en la lucha era muy fatigosa para los romanos. Además, la manera de guerrear de los españoles, en grupos pequeños, con sorpresas continuas, valiéndose de los accidentes del terreno (muy conocido de ellos y poco de los romanos), haciendo, en fin, lo que se ha llamado más tarde «guerra de guerrillas», desconcertaba mucho á las tropas invasoras, que peleaban en grandes masas, con armas pesadas y gran impedimenta. Para sostener esta lucha, los generales romanos tuvieron que ampliar los años de servicio; y en vez de licenciar á los soldados cuando era costumbre, retenerlos por más tiempo para no quedarse sin tropas. Lo cual, unido al carácter implacable que tenía la guerra y á la valentía salvaje de los indígenas, hizo que el servicio en el ejército de España fuese tan temido en Roma como lo fué, v. gr., para nosotros, durante muchos años, el de Ultramar. Los soldados romanos se resistían á venir á la Península; y así hubo de crearse la leyenda del miedo á España, que alimentada por muchas victorias de los indígenas, influyó grandemente en la duración de la guerra.

Al poco tiempo de vencidos y muertos Indíbil y Mandonio, se levantan en armas varias tribus juntas, del C. y del O. sobre todo (197 antes de Jesucristo).

Lo formidable de esta sublevación obligó á que viniese, para ponerse al frente de las tropas, un general romano de gran renombre, Marco Porcio Catón; el cual, no sin gran esfuerzo, venció al cabo. La sublevación retoñó en seguida, al saber los indígenas que Catón se iba de España; pero éste los vence otra vez, apoderándose de muchas fortalezas, mandando destruir

las murallas y torres de muchos pueblos, vendiendo como esclavos á los prisioneros de guerra é imponiendo fuertes contribuciones. Ni aun con esto cesó la lucha, sino que los generales que siguieron á Catón hubieron de continuarla, especialmente con los Lusitanos y con una federación de varias tribus del C. (Carpetanos, Vacceos, Vetones y Celtíberos), á quienes vencen, después de grandes pérdidas.

### 39. Tiberio Graco.—Primeros ensayos de organización.

Hasta aquí, la conquista de España se había hecho militarmente, es decir, por medio de la fuerza, aterrando á los indígenas, cuando se les vencía, con las crueldades atroces que la guerra llevaba entonces consigo. Al cabo vino un gobernador romano que inauguró un nuevo procedimiento, más humano y de resultados mejores. Llamábase Tiberio Graco y comenzó á mandar en España en el año 179 antes de Jesucristo. Tiberio Graco sometió muchos pueblos sublevados, pero supo tratar á los vencidos con dulzura, por lo cual afirmó notablemente la dominación. Concedió tierras bajo el patronato de los romanos á muchos indígenas, inclinándolos á las tareas de la paz; estableció numerosas relaciones de *clientela* en la forma que ya hemos visto usaban entre sí los españoles, y concertó con tribus celtíberas tratados de alianza, en los cuales se comprometieron aquéllas á no levantar nuevos fuertes, á pagar tributos y á dar soldados auxiliares al ejército romano. Merced á este procedimiento, se gozó de paz por varios años, sin más que alguna expedición de poca importancia contra diversos pueblos de Celtíberos y Lusitanos.

Los muchos aliados y amigos que de este modo se procuró Roma, llegaron á reconocer en grado sumo la autoridad de ésta, al punto de acudir á la metrópoli en asuntos de justicia. El motivo de esto fué que los gobernadores abusaban mucho de su poder, imponiendo contribuciones desmedidas, saqueando á los pueblos y ejerciendo actos arbitrarios. Los indígenas de algunas localidades llegaron á enviar embajadores suyos á Roma, para denunciar tales abusos y pedir que se refrenaran; pero no consiguieron gran cosa, á pesar de que en la metrópoli hubo personas de categoría que noblemente defendieron la causa de los españoles.

40. Estado general de España.—La falta de organización de los indígenas les era muy desfavorable. Las tribus y los grupos pequeños de tribus peleaban independientemente, salvo algún caso de federaciones temporales. Su guerra, además, no era continua: á intervalos, la dejaban, volviendo á sus hogares, quizá para cuidar sus cosechas y atender á las labores del campo, como hoy hacen las kábilas africanas. En vez de presentar una fuerza compacta enfrente de los invasores, carecían de todo sentido de unidad, ó á lo menos no dieron muestras de tenerlo. Parte de ellos, ayudaba á los romanos, y otra parte, según hemos visto, se había sometido en seguida. El diferente grado de civilización que tenían, las distintas costumbres y la dificultad de comunicaciones, eran causas de este diverso modo de proceder y de aquella desunión.

Los romanos, en cambio, eran un pueblo organizado y fuerte; de cultura superior que ofrecía muchas ventajas, y empeñados, cada día más en dominar la Península. Sin embargo, hasta el momento á que nos referimos, sólo contaban para su obra con dos elementos propiamente suyos: los soldados del ejército que mandaban los generales gobernadores, y los trabajadores de las minas, que empezaron á explotar desde luego, como habían hecho antes los fenicios y cartagineses. Ya veremos cómo, poco á poco, van ampliando su esfera de acción.

41. Primera guerra de Numancia.—En el año 152 se produce nueva sublevación que empiezan los Lusitanos con su jefe llamado Punicos, el cual obtiene algunas victorias. Inmediatamente se le unen las tribus de Vetones, y juntos consiguen tales ventajas, que llegan casi á las orillas del mar en el territorio ocupado por los romanos. Muerto Punicos, le sucede otro jefe llamado (según los romanos) Caesarus, el cual sigue venciendo. La sublevación se extiende cada día más; y como muestra de la división que reinaba entre los españoles, se ve á los Lusitanos



Fig. 25.—Soldado romano de tiempo de la República, según Hottenroth.

de la orilla izquierda del Tajo atacar á los Célticos del S. de Portugal que eran súbditos de los romanos.

Mientras tanto, surge también la guerra en otro punto de la Península. Los habitantes de un pueblo español llamado *Segeda*, quisieron reedificar parte de sus murallas. Los romanos se opusieron á esto, diciendo que lo prohibían los tratados de Tiberio Graco, á lo cual contestaron los de Segeda que estos tratados se referían á la construcción de nuevas fortificaciones, pero no á la recomposición de las que ya existían. Los romanos, sin embargo, mantuvieron su oposición, y á la vez pidieron tributos á los de Segeda. Irritados éstos, se sublevaron con varias tribus de Arevacos, y, poniendo á su frente á un jefe llamado Caro, obtuvieron la victoria; pero, muerto Caro, tuvieron que retirarse á una plaza fuerte situada á orillas del Duero, cerca del origen de este río, más arriba de Soria y llamada Numancia, que quizá era la capital de toda la región. Los generales romanos atacaron á Numancia, mas fueron vencidos, llegando los españoles á tomar la plaza de Ocilis, que era de los romanos y donde éstos tenían un almacén militar.

Como se ve, los romanos iban llevando la peor parte en esta guerra. Un nuevo general, Marco C. Marcelo, logró recobrar á Ocilis y hacer una paz provisional. Para ratificarla, los Arevacos enviaron diputados ó embajadores á Roma, mientras Marcelo seguía la guerra contra los Vetones y Lusitanos, vencidos. El gobierno romano no quiso aceptar la paz; y, vueltos á España los embajadores (año 151), se reanudó la lucha con Numancia. Sin embargo, el general Marcelo, viéndose en malas condiciones, concertó un nuevo tratado; pero su sucesor, llamado Lúculo, no se conformó con él y atacó desde luego á los Vacceos, saqueando la población de Cauca. Los españoles se retiraron á las plazas fuertes, llevándose todas las provisiones, lo cual colocó en apurado trance á las tropas romanas. Lúculo tuvo que retirarse; y, no fiándose de él los habitantes de uno de los pueblos sitiados, llamado Intercatia, convinieron las condiciones de paz con un subalterno (tribuno militar ó legado) cuyo nombre era Escipión Emiliano.

**42. Sigue la sublevación de los Lusitanos.**—Mientras tanto, seguía la guerra con los Lusitanos, quienes vencieron al

general S. Sulpicio Galba, que mandaba las tropas romanas de este lado. Galba se unió luego con el otro general, Lúculo, y ambos atacaron de nuevo á los Lusitanos. Para vencerlos, usó Galba de un gran engaño. Fingió acomodarse á una paz; dejó que los indígenas volviesen á sus faenas del campo y se establecieran de nuevo en la llanura, abandonando sus refugios de la montaña; les garantizó también el disfrute tranquilo de sus tierras, y cuando los halló indefensos, cayó sobre ellos, acuchillándolos sin piedad. La circunstancia de conceder tierras á estos indígenas, con otras análogas, han hecho pensar á algunos historiadores que se trataba en este caso, no de una sublevación general de Lusitanos, sino tan sólo de los siervos cultivadores de las tierras (§ 22), mientras que los señores ó propietarios ayudaban á los romanos.

Sea de esto lo que quiera, la conducta atroz del general Galba había de irritar á los españoles. Así que, en vez de apaciguarse la lucha, se encendió con nuevos bríos. Al frente de los Lusitanos se puso entonces un jefe llamado Viriato, hombre de excepcionales condiciones guerreras, que había sido pastor, según dicen los autores romanos, pero que llegó á tener una personalidad grande. Durante varios años (ocho ó nueve) guerreó, obteniendo señaladas y sucesivas victorias contra muchos generales romanos, no obstante algunas pequeñas derrotas, de que se rehacía pronto. Resultado de esto fué que á Viriato se le reconociera como jefe en la Lusitania, en el país de los Carpetanos, de que se apoderó, y en el de los Vacceos y Arevacos, confederados con él. Las tropas romanas le temían; y hubiera consolidado su independencia y la de gran parte del territorio español, á no ser por la conducta desleal del gobierno romano y algunas torpezas militares que Viriato cometió en sus últimos años.

Hasta entonces, Viriato había conseguido vencer. El último general á quien venció, Q. Fabio M. Serviliano Emilio, ajustó con él un tratado de paz, reconociendo su independencia. Pero el gobierno romano hizo en esta ocasión como había hecho siempre cuando no le convenía mantener la palabra dada por sus generales en momentos de apuro: desaprobó el tratado hecho por Serviliano y envió otro jefe, Quinto Servilio Cepión,

el cual obtuvo algunas victorias parciales, ayudadas por la imprevisión y las vacilaciones de Viriato. Trató éste de concertar una paz conveniente, y envió embajadores suyos, á los cuales ganó Cepión, comprometiéndolos á que asesinasen á Viriato, como así lo hicieron mientras dormía. De este modo traidor acabó por entonces la guerra de los Lusitanos; pues, si bien las tropas de Viriato siguieron peleando por algún tiempo al mando de otro jefe, éste fué derrotado, y Cepión pudo desarmar á los Lusitanos y obligarles á que viviesen en tierras que les señaló.

**43. Nuevas guerras con Numancia y con los Gallegos y Astures.**—Ya hemos visto que se había reanudado la guerra con Numancia. Preciso es advertir que, cuando se habla de esta población, no se entiende que ella sola sostuviese la guerra con los romanos. Numancia era entonces la plaza fuerte principal de una confederación, en la cual entraban muchos pueblos; y había también otras fortalezas, como las de Cauca é Intercatia, que se han citado antes. El general romano Q. Pompeyo Rufo exigió á los numantinos que entregasen á varios fugitivos de otras tribus (del ejército de Viriato, según se supone) y que dejasen las armas, y no aviniéndose á ello, los atacó; pero fué vencido por el jefe indígena, Megara. Pompeyo atacó entonces á otras poblaciones, como Termancia y Malia; pero al cabo, desconcertado por las constantes arremetidas de los españoles, firmó con ellos un tratado de paz. Sucedió con éste como con el anterior. No lo aceptó el gobierno de Roma, y el mismo Pompeyo se atrevió á negar que lo hubiese concertado. Siguió, pues, la guerra, y los numantinos y sus confederados (entre los cuales se contaba entonces á los Cántabros, Vacceos, Lusones y otros) vencieron á varios generales, convirtiéndose en terror de las tropas romanas, que se desmoralizaron, negándose á veces á luchar. El campo de guerra comprendía no sólo los alrededores de Numancia, sino otras muchas tierras; y por el N. hasta más arriba de Palencia. A la vez, otros generales romanos peleaban en la región de los Astures y Gallegos, que oponían gran resistencia á los invasores.

Desmoralizadas las tropas romanas, acobardado el gobierno de la metrópoli, siendo el nombre de Numancia terror de los

romanos (como se la llamó) hicieron éstos el último esfuerzo enviando á España á su mejor general, Escipión Emiliano. Acudió éste en primer lugar á la reorganización del ejército, infundiéndole ánimos y acostumbrándolo á las fatigas, y trajo para su ayuda tropas africanas al mando del rey Yugurta, (como también había hecho Asdrúbal en su tiempo), reuniendo en total 40,000 hombres. Escipión, en vez de aceptar batalla con los numantinos, tomó el sistema de cercarlos con murallas, de modo que no pudiesen comunicarse con los pueblos de alrededor, ni recibir víveres y refuerzos. Con igual objeto interceptó el río, para que no pudiesen entrar ni salir á nado, como hacían. A los aliados de fuera dominó poco á poco, de manera que los numantinos se encontraron solos y además privados de alimentación y hasta de agua. A pesar de esto, algunos muy valientes (Retógenes se llamaba uno), consiguieron atravesar de noche el campo de los romanos para pedir ayuda á pueblos vecinos. Las gentes de Lucía se lo prometieron, pero Escipión las venció antes de que pudiesen realizar su propósito, cortando la mano derecha, según se dice, á 400 jóvenes.

Acosados por el hambre y demás molestias del sitio, los numantinos llegaron á pedir la paz; pero, siendo demasiado duras las condiciones que impuso Escipión, decidieron incendiar la ciudad, pelear hasta morir unos y matarse otros, como así lo hicieron; el general romano se apoderó tan sólo de un montón de ruinas y de cadáveres. Así terminó la guerra de Numancia (fecha incierta: del 134 al 132 a. de J. C.), tras de la cual los vencedores ocuparon muchos territorios de la Península, castigando á los diferentes pueblos que habían luchado.

Semejante triunfo parece que mantuvo la paz por algunos años, durante los cuales Roma fué ensanchando su dominación, apoderándose también de las Baleares (123), que hasta entonces había sido nido de piratas, quizá de procedencia cartaginesa ó africana, restos del ejército que Magón llevó al huir de Cádiz. Muy luego renováronse las hostilidades, produciéndose, hasta el año 94, diversas guerras con los Lusitanos y Celtíberos, en las cuales fueron sitiadas y tomadas poblaciones que ya figuraron en guerras anteriores, como Termes ó Termancia, Colenda, Cástulo y Jaén. Por entonces, invadieron la Península

unos pueblos bárbaros venidos del lado de Alemania y llamados *Cimbros*, que saquearon el N. de España durante tres años; pero el general romano Fulvio, auxiliado por tribus celtíberas, los derrotó, obligándoles á que se volbiesen otra vez por los Pirineos, dejando libre á España (112 á 100).

**44. Guerra de Sertorio.**—Los romanos se habían gobernado hasta entonces por un sistema republicano, cuyo poder superior era el Senado ó asamblea de patricios, en combinación con diversos magistrados ó autoridades llamados *cónsules*, *pretores*, *tribunos*, etc. Por este tiempo, comenzó á alterarse semejante organización, merced á las ambiciones de algunos generales, que querían hacerse dueños del poder exclusivamente. Al fin lo consiguió, mediante la fuerza, un general llamado Sylla (ó Sulla) que tomó el nombre de *dictador*, con el cual se conoce desde entonces el gobierno absoluto de origen militar. Los excesos á que se entregó Sylla y el descontento producido por muchas de las leyes que dictó, promovieron varias guerras civiles. Una de éstas tuvo por campo nuestra Península.

La dirigió Sertorio, general romano enemigo de Sylla, que para no ser muerto tuvo que huir de Italia. Al principio no pudo sostenerse en España, por ser escaso su ejército, y marchó al Africa; volviendo después de larga serie de peripecias y aventuras, y logrando sublevar á muchas tribus indígenas (año 80), con cuyo auxilio venció diferentes veces á los generales enemigos.

Con esto, se creó Sertorio aquí una posición política independiente. Era como un rey, que dominaba la mayor parte de la Península. Para consolidar su situación, organizó en España el gobierno, creando, á imitación de Roma, un Senado y las autoridades de pretores, tribunos y otros. El territorio de la Península lo dividió en dos provincias, llamada una (la del O.) Lusitania, con capital en Ebora (hoy Evora.—Portugal) y la otra Celtiberia, con capital en Osca (Huesca). No se crea por esto que Sertorio pensase en hacer autónoma á España y crear en ella un reino ó república para sí. No participaba él de los ideales indígenas de independencia. Su espíritu era totalmente romano, y su aspiración final cobrar fuerzas en España para luego dominar en Roma; y á este propósito trató de esta-

blecer inteligencias políticas en la Galia meridional (S. de Francia) y en los Alpes. Conforme á esto, sus preferencias iban siempre del lado de sus compatriotas. El senado que creó en España y los cargos de autoridad, no eran desempeñados por indígenas, sino por romanos. La verdadera y beneficiosa influencia que produjo su dominación fué contribuir á extender la cultura, pero desde el punto de vista romano; es decir, que los indígenas fuesen adoptando la ciencia, las costumbres, el derecho, etc., de Roma, á lo cual ayudaron instituciones como las escuelas que creó en Osca, en las cuales enseñaban maestros griegos y latinos y á las que concurrían hijos de las familias principales españolas.

**45. Fin de la guerra.**—Mantúyose la fortuna de Sertorio algunos años. En 77 vino á España, á unírsele con bastantes soldados (14,000, se dice), un oficial romano, Perpenna, que en Italia había luchado también contra Sylla. Pero, á la vez, el Senado envió á España un nuevo general, de gran nombradía, llamado Pompeyo. Sertorio trató de impedir que el ejército de éste se uniese con el que ya estaba en la Península al mando del general Metelo; pero no lo consiguió, siendo vencido cerca de Sagunto. La guerra siguió con muy varia fortuna, victorioso unas veces Sertorio, y derrotado otras, él ó sus oficiales. Sertorio buscó la alianza de un rey asiático, llamado Mitrídates, enemigo de Roma, el cual le ofreció buques y dinero. Pero por la distancia que había de España al país de Mitrídates, y por otras circunstancias, no pudo ser muy eficaz el auxilio de aquél.

Las relaciones de Sertorio con los indígenas y con sus mismos partidarios, sufrieron modificación desfavorable. Los indígenas comenzaron á flaquear en el favor que hasta entonces habían concedido á Sertorio, bien porque les cansase á muchos la guerra, bien porque el carácter puramente romano de ésta y el poco caso que aquél hacia de los españoles les desagradase, como era natural. Sertorio, al verse desamparado por algunos jefes españoles, dícese que trató duramente á varios alumnos indígenas de las escuelas de Huesca, vendiéndolos como esclavos, lo cual había de producirle grandes enemistades. Por otra parte, los generales romanos pusieron á precio la cabeza de Sertorio, en vista de no poder lograr una victoria definitiva; y

entre los mismos romanos partidarios de éste, había algunos descontentos y ambiciosos, uno de ellos el mismo Perpenna. Sertorio empezó á recelar de todos y se confió especialmente á una guardia de españoles, juramentados en la forma que, como ya hemos visto (§ 22), usaban á menudo. Nada de esto le valió, y fué asesinado (a. 72) en un banquete por varios conjurados de su ejército. Perpenna, que tomó el mando, fué á poco vencido por Pompeyo, y muerto; después de lo cual, todavía siguió la guerra con gran resistencia de muchas poblaciones como Osma, Calahorra y Cauca, que fueron unas asoladas y otras incendiadas. Pompeyo logró al cabo dominar todo el país sujeto antes á Sertorio; y, en muestra de sus victorias, levantó en uno de los montes del Pirineo un trofeo (que hoy ya no existe) en el cual decía haber sujetado á 188 pueblos desde los Alpes al estrecho gaditano.

Desde las victorias de Pompeyo (año 71) hasta el año 61, es decir, durante diez años, no parece que ocurrió nada notable, militarmente, en España. En 61, vino de general Cayo Julio César (que luego, como veremos, fué emperador en Roma), y éste tuvo que luchar con los Lusitanos y los Gallegos. A varias tribus de los primeros venció, haciéndoles bajar de las montañas y que poblasen la llanura, donde eran menos de temer. En Galicia se apoderó de Brigantium (Coruña). Poco después, en el año 59, habiendo estallado una sublevación de los indígenas en las Galias, muchos españoles Cántabros, Várdulos y Vascones marcharon á auxiliarlos, teniendo allí que guerrear con César y sus oficiales, que al cabo los vencieron, mientras que en España otro general, Q. Metelo Nepos, luchaba con los Vacceos.

**46. Nueva guerra civil romana.**—Continuando el sistema iniciado por Syla, César, Pompeyo y otros generales habían querido ser dictadores. Para no destrozarse mutuamente, convinieron tres de ellos (los dos nombrados y otro que se llamaba Craso) en formar una liga, repartiéndose el poder en los muchos territorios que tenían entonces los romanos (año 60). A esto se llamó *triumvirato* (es decir, *tres viri* ó *varones*). Pero, habiendo muerto en 53 Craso, los otros dos generales—que se miraban desde un principio con envidia—quisieron cada uno para sí el poder, y al fin riñeron. Pompeyo, que estaba en

Roma, logró que el Senado destituyese á César del cargo de general de las Galias; pero César, que ya antes se había acostumbrado á prescindir del Senado y á no hacer sino lo que le convenía, desobedeció la orden, y con su ejército entró en Italia, apoderándose de ella en dos meses y haciendo huir á Pompeyo. Así comenzó la nueva guerra civil (año 49).

En España tenía Pompeyo tres jefes amigos, con gran número de soldados. Contra ellos se dirigió César; y, habiendo encontrado en Lérida á dos de ellos (Afranio y Petreyo), los venció, merced á su gran tacto y habilidad militar. El tercer general amigo de Pompeyo, llamado Varrón, se encerró en Cádiz, pero tuvo que capitular. César quedó dueño de España; y, dejando aquí á un oficial con tropas (48), volvió á Roma, habiendo sido elegido *dictador*. De Roma pasó á Tesalia, donde venció á Pompeyo, y luego á África, donde también derrotó á los partidarios de aquél, cuyos hijos continuaron la guerra, apoderándose de las Baleares y pasando á España, en cuyo territorio encontraron muchos partidarios. César tuvo que volver á España, y, tras varios encuentros en que le auxiliaron algunos

indígenas, dió una batalla en Munda (cerca de Ronda, en la falda de la sierra de Tolox), logrando victoria completa, aunque á grande costa. Dicese que murieron más de 30,000 hombres de ambos ejércitos. Con esto, quedó terminado lo principal de la guerra; pero aun tuvo que luchar César para apoderarse de Córdoba y otras ciudades, logrando matar á uno de los hijos de Pompeyo llamado Cneo (año 45). El otro, llamado Sexto, se refugió en las Baleares, desde donde siguió luchando como pirata, entrando alguna vez en la Península; hasta que años después, vencido por mar, murió en Grecia (año 35). Mientras tanto, César ejercía en Roma el poder de dictador de un modo tan omnimodo, que era como un rey, hasta que en 15 de Marzo de 44 fué asesinado. Después de su muerte se formó un nuevo *triumvirato* entre Octavio, sobrino de César, y otros dos generales,



Fig. 26.—El emperador Augusto según una moneda española.

Antonio y Lépido (43). Pero también se rompió esta alianza, logrando la victoria Octavio, que en el año 30 quedó dueño único de Roma, asumiendo todos los cargos de autoridad y recibiendo el nombre de *Augusto*. Con esto, el antiguo régimen de gobierno se cambia en el nuevo, que se llamó *imperial*.

**47. Guerras en España.**—Augusto tuvo que luchar no poco con los indígenas para asentar en firme su dominación en España. Antes de quedar dueño de Roma, habíanse originado en la Península disturbios merced á la rivalidad de dos jefes africanos, Bocco y Bogud, que habían venido aquí con ocasión de la guerra civil romana; por donde se ve la interven-

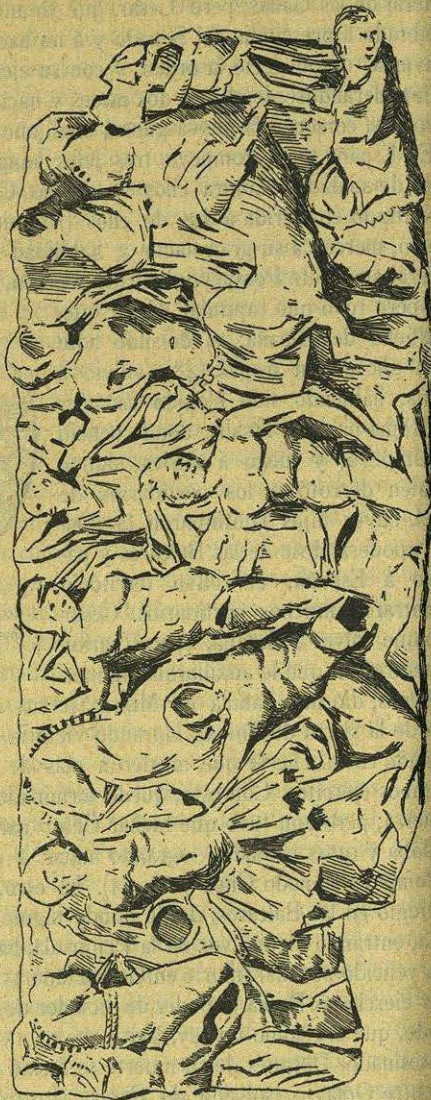


Fig. 27.—Alto relieve de la época romana, representando una lucha de soldados con indígenas Cántabros ó Astres (de Tarragona).

ción constante que han tenido en nuestra historia antigua militar los elementos africanos. A Bogud, que se hizo partidario de Antonio, el enemigo de Augusto, ayudaron los Cerretanos ó habitantes de la Cerdaña (N. de Cataluña), hasta que un general romano, Domicio, los venció dando término á esta guerra.

Augusto combatió igualmente con los Cántabros y los Astures, que hicieron entonces un último y desesperado esfuerzo. La guerra duró cinco años y costó muchas batallas. El mismo emperador se puso al frente de las tropas, mientras uno de sus generales, Agripa, atacaba por mar. Vencidos, al fin, los dos pueblos, fueron crucificados los jóvenes indígenas más valientes, vendidos como esclavos y diseminados por España los demás y cambiadas de sitio muchas poblaciones, apartándolas sobre todo de los montes, que eran el mejor refugio de los guerrilleros. Pero ni esto bastó; porque á los dos años, habiéndose escapado, con muerte de sus señores, muchos de los indígenas esclavos, volvieron á su país y encendieron la guerra de nuevo. El general Agripa logró al cabo vencer también esta rebelión, pero no sin que le costara gran trabajo y muchas pérdidas.

Con esto quedó terminada la conquista militar de España por los romanos. Lo cual no quiere decir que reinase paz completa en la Península, puesto que aun se produjeron algunos levantamientos de tribus indígenas (Astures y Lusitanos) aunque de escasa importancia; de modo, que no dificultaron mucho la obra de organización, á que se dedicaron, en gran escala, los emperadores. Los sucesos militares que ofrecen más interés en esta época, hasta el fin de la dominación romana, provienen de invasiones extranjeras.

**48. Invasiones de moros y de francos.**—Ya hemos visto la relación constante que los pueblos del N. de Africa tuvieron con nuestra Península. Era por entonces aquella región (después de la caída de Cartago) un centro militar importante, cuyas tribus, unas veces lucharon contra los romanos, otras les



Fig. 28.—Guerrero español gallego, según una estatua del siglo I de J. C.

sirvieron de ayuda (como en la guerra de Numancia) ó intervinieron en las contiendas civiles (como en tiempo de Pompeyo). No estaban absolutamente desprovistas de cultura; y sus reyes, en frecuente trato con los romanos, participaban en gran medida de la civilización de éstos.

Con tales precedentes, no extrañará que aquellas tribus intentasen diferentes veces entrar en España, como los cartagineses lo habían hecho antes. Por mar pirateaban todo lo posible, y los romanos tuvieron que combatirlos. En nuestras costas hubo que colocar tropas especiales y fortificaciones destinadas á rechazar á los piratas africanos; hasta que en el siglo II d. J. C., por los años de 170 á 180, gran número de moros entraron por Andalucía, llegando hasta Antequera y sosteniendo combates con las tropas romanas, que, al fin, los rechazaron. Un siglo después, próximamente, otras tribus que venían del N. por la parte de Francia, los Francos, invadieron á España llegando hasta Tarragona y Lérida y dominando en la región NE. de la Península durante algunos años, hasta que un emperador romano, Póstumo, los venció.

## 2.—ORGANIZACIÓN POLÍTICA Y ADMINISTRATIVA

**49. Primeras medidas de organización.**—Se comprende que mientras duró la conquista militar—y sobre todo, en los primeros tiempos, hasta después de la guerra de Numancia,—los romanos, no muy seguros de su dominación, atendiesen más bien á afianzarla que á organizar el país. Por eso las grandes reformas gubernativas son posteriores á las victorias de Augusto.

Sin embargo, antes de esto, las mismas necesidades de la conquista obligaron á tomar algunas medidas importantes, ya para el ejército, ya para el régimen de los terrenos dominados.

El núcleo de la influencia romana estaba en el ejército. El jefe de éste era, á la vez, gobernador de las posesiones romanas en España, y recibía diferentes nombres según los honores ó grados que tenía en Roma. En la época de la República, los gobernadores se llamaron *procónsules* y *pretore*s (desde el 197), generalmente.

El territorio quedó indiviso por algún tiempo (aunque de hecho se solían distinguir dos grandes regiones militares, mandadas por dos generales-gobernadores), hasta que en el año 197 (a. de J. C.) se dividió en dos provincias administrativamente independientes. Se llamaron *Citerior* la una, y *Ulterior* la otra, tomando como punto de partida el Ebro: Citerior (del lado de acá) era la más próxima á Roma, y Ulterior (del lado de allá) la más lejana. No se ha de entender por esto que fuera el río Ebro la frontera entre ambas provincias, de modo que la Citerior comprendiese los territorios del N., ó sea de la orilla izquierda, y la Ulterior los del S. (orilla derecha). La verdadera línea partía del río Duero y bajaba á encontrar la ciudad de Cástulo (Cazlona), en Andalucía; por tanto, más bien que paralela, era perpendicular al Ebro. Todo el territorio que quedaba al E. de esta línea formaba la provincia Citerior, cuya primera capital fué Cartagena, y luego Tarragona. Los territorios del O. formaban la Ulterior, comprendiendo, pues, aquélla, la mayor parte de España.]

Esta división vino á confirmarse en el año 112—después de la destrucción de Numancia—mediante la primera ley de organización administrativa (*lex ó formula provinciae*) que para España dictó, según costumbre de los romanos, una comisión de senadores. En la misma ley (que no ha llegado hasta nosotros) se fijaron las divisiones de distritos, las atribuciones del gobernador, etc.

**50. Procedimiento de dominación.**—No fiaban los romanos exclusivamente á las armas el establecimiento de su dominio en España. De un lado, procuraban introducir elementos de su país en la población de la Península, ora por medio de los trabajadores que traían para la explotación de las minas, ora por los soldados á quienes, después de licenciados, daban tierras ó permitían fundar ciudades, y también mediante los hijos que nacían de los matrimonios entre romanos é indígenas, de los cuales se fundó una colonia en Carteya. De otro lado, los romanos hacían por atraerse á los españoles, tratando de distinta manera á los que se sometían sin lucha y á los que guerreaban más ó menos. Así, á unas poblaciones las sujetaban al poder político del gobernador y al pago de fuertes tributos y se llamaban *estipen-*